

concurso de los Parlamentos, no puede, no, de súbito convertirse en rey constitucional, porque no puede ni borrar su historia, ni desprenderse de su naturaleza, ni renunciar á una actividad que él toma por la agitacion de la vida y que es real y verdaderamente en las monarquías constitucionales, fundadas sobre la inactividad del monarca, síntoma de muerte. Así es, que de todas las utopias descabelladas, que en la mente de Luis Napoleon brotaron, ninguna tan descabellada como esta, absolutamente ninguna. Grave era sostener una guarnicion en Roma impidiendo la unidad de Italia y contar con la alianza y la amistad de esta potencia; grave agitar todos los dias á Prusia con la demanda de grandes compensaciones materiales en las orillas del Rhin y querer que Prusia no se ofendiera de estas impolíticas exigencias y no se preparara á una ruidosa venganza: grave arrancar al Austria el cuadrilátero, y Venecia, y el Milanesado; humillar á Rusia en Crimea y luego pedirles su concurso: grave desatender con criminal descuido el cumplimiento de los tratados en Oriente, y urdir absurdas tramas contra la independencia de Bélgica en Occidente empeñándose al mismo tiempo en la conservacion de la amistad de Inglaterra: grave proponerse la regeneracion de la raza latina en América y escogitar para tan grande empresa un imperio de carácter bizantino, un emperador de familia austriaca, una intriga de cortesanos corrompidos y de obispos fanáticos, un general de pronunciamientos, una reconquista europea, una manipulacion vergonzosa de bolsistas inmorales y de banqueros en quiebra; pero lo más grave, lo más incomprendible de cuanto pasó por aquella cabeza soñadora, fué combatir veinte años la monarquía constitucional, ridiculizar á su representante más legítimo el rey Luis Felipe, herir los Parlamentos como sentina de abogados sin pleitos y jaula de oradores sin seso, arrogarse las facultades legislativas, ejercer la omnipotencia política; y luego á la ve-

jez, en la desgracia, cuando la cosecha de los errores antes sembrados viene, cuando el frio del desengaño cae sobre los corazones más fanáticos, cuando una generacion inquieta se avanza á pedir cuenta de una autoridad absoluta; en esta irremediable decadencia, robar su neutralidad comodísima, su inviolabilidad sagrada, sus goces materiales á la misma forma de gobierno que se ha constantemente rechazado; empeño vano, como si el tigre de los desiertos quisiera convertirse al fin de sus dias en gallo de los corrales.

La reforma parlamentaria privaba entonces, por el verano de 1869, en los conciliábulos del Imperio, y el Emperador tenia impaciencia verdadera por realizar esta reforma. Parecióle largo y peligroso el plebiscito para implantarla; y escogió el Senado-consulta. A este fin reunióse la Cámara alta en Agosto de 1869, y comenzó sus tareas. Presidióla Mr. Rohuer, que de ministro combatiente pasaba á indolentísimo y perezoso director de un ganado de cortesanos. Cuentan que cierto reyecillo africano quiso plantear el régimen constitucional en su tribu, y no pudo, porque si á cada paso encontraba quien se levantara en armas por los campos, no encontraba nunca quien le hiciera la oposicion en las Córtes. Así era tambien el Senado francés. Destinado en aquella cínica bufonada, que se llamaba la Constitucion del Imperio, á refrenar la autoridad del Emperador, á impulsarlo si se detenía y á detenerlo si se descarriaba, jamás refrenó, ni detuvo, ni impulsó, ni hizo más que servir de aparatosa comparsa á un César ébrio de orgullo en aquel rebajamiento universal de todos los caracteres, en aquella profunda corrupcion de todas las instituciones. En el Cuerpo Legislativo aun penetraba algun rayo de luz; aun se oía la voz mágica de la ciudad de París; aun se paseaba invisible en los aires, como un aereolito misterioso, la idea de la República. Pero en el Senado no habia más que gente gozosa de dormirse sobre sus grandes emolumentos, y de arras-

trarse á las plantas de quien les habia procurado aquellos dorados ocios, aquellas epicúreas sinecuras. Por esta causa el debate senatorial se arrastró lánguido, sin que lo tomase en cuenta la consideracion del público, y llegó á aprobar los proyectos del Emperador con la fria y segura regularidad de una máquina. Y cuenta que se necesitaba verdadera magnanimidad para tragar aquellas contradicciones. Tomaba el Cuerpo Legislativo la iniciativa de las leyes; pero quedaba al Senado la facultad de oponer á las leyes un veto. Se declaraba la responsabilidad ministerial, pero se añadía que los ministros dependian sólo del Emperador, con lo cual se tornaba esta responsabilidad ilusoria. Los Generales se mostraron profundamente alarmados. El Conde Palikao, célebre por sus victorias y sus depredaciones en China, lanzó sordo grito de angustia, al ver al Imperio transformarse para perderse. El general de la Rue propuso que se suprimieran todas las asociaciones de trabajadores en Europa, si no se quería que sólo se escuchara en política la voz de los cañones.

Pero el discurso por excelencia de este debate fué el discurso largo tiempo esperado de Napoleon Gerónimo, del príncipe á quien se atribuian misteriosas relaciones con todos los revolucionarios de Europa, é ideas propias, íntimas, profundas, arraigadísimas, rayanas con los confines de la más desenfrenada demagogia. ¡Extraña familia en verdad esta familia de los Bonapartes! De origen plebeyo, de oscuro nacimiento, padece todas las pasiones que á manera de venenosas culebras se abrigan en las cunas de los príncipes, y se enroscan al tálamo y al trono de los reyes: la ambicion desapoderada, la sed hidrópica de goces, el desprecio de los semejantes, la enemiga á los próximos parientes, la indocilidad al yugo de las leyes, el sentimiento de una superioridad que les tolera el burlarse de todos los códigos y hasta de todas las ideas morales obligatorias solo

en su concepto para las gentes oscuras y humildes; la voluptuosidad inextinguible, esa voluptuosidad que se esparce y se difunde como un castigo en las venas de los poderosos y se respira y se absorbe en la atmósfera de los palacios.

La familia de los Bonapartes proviene, como todo el mundo sabe, de Córcega, de esa tierra á la cual anunciara el profeta Rousseau tan maravillosos destinos; tierra volcánica, circuida de mar tempestuoso, azotada por huracanes continuos, cortada por montañas inaccesibles, dividida en valles incommunicables; con torrentes en vez de arroyos, con escasa tierra de labor en sus campos desolados, con espejismos africanos en sus horizontes de fuego, muda víctima de las revoluciones y de las catástrofes del planeta, aislado solitario asilo de una raza inclemente, audacísima, batalladora, con grande ánimo y escasa conciencia, que presta culto á la muerte, y que siente sobre todo la pasion del combate y las acres satisfacciones de la venganza. La fundadora de esta familia es Madama Letizia, planta espontánea de la Córcega, hermosísima mujer, de figura corpulenta, de maneras varoniles, de cabellos negros y sedosos, de ojos profundos, de mirada altanera; valiente como Judith, imperiosa como Cleopatra; una especie de gitana por la sangre, una especie de antigua Sibila por el aspecto; y á quien la fantasía inagotable de Michelet ha comparado con aquellas robustas plañideras corsas que iban tras los siniestros entierros de los asesinados, no derramando como débiles mujeres, lágrimas, sino pidiendo con gritos agudos y siniestros, como los gritos de las aves nocturnas, guerra y venganza.

Cuando en una familia aparece una mujer así, no lo dudeis, puede haber en ella grandes héroes; pero tambien grandes criminales. La mujer ha nacido para dejar en nuestros lábios la miel y no el acibar de la vida; para infundirnos el sentimiento dulcísimo de la misericordia y no el sentimiento siniestro del odio

y de la venganza. Si en vuestro hogar hallais, en vez de la madre casta y pura, que os sonríe con la sonrisa de la bienaventuranza y os señala con su mirada mística el puerto de los cielos, una furia coronada de serpientes, que os muerde el corazón, y que os ennegrece la conciencia, tened por seguro que pasareis la vida entre combates, que sumireis la conciencia en tinieblas, y que llegareis á la muerte por irreparables catástrofes. La familia de los Bonapartes era pues una familia de seres extraños, en cuyos corazones parecia apagado el sentimiento del deber y en cuyas mentes apagada tambien la voz de la conciencia. No hablemos del jefe, uno de los mayores criminales de la historia. Luciano, que la echaba de demócrata y estóico, era en política un Maquiavelo burdo, y en la vida un perfecto comediante. El rey José pudiera ser considerado un buen hombre si no le hubieran llevado á crímenes como su entronizamiento en España las aventuras de su imperial hermano que le arrastraban desordenadamente en sus espantosos torbellinos. Luis habia perdido el seso en los disgustos de su matrimonio con Hortensia. Gerónimo pasaba por un epicúreo, por un gloton, que solo pensaba en cenas y en orgías. Y los hijos de estos hijos no desdecian á la verdad de sus ilustres padres. Napoleón III no tenia tiempo ni oro bastante para los gastos de su desordenada familia. Su pariente el príncipe de Camerata se suicida por deudas. Su prima, la princesa de Solms, mujer luego de Ratazzi, le da cada dia nuevos disgustos. La princesa Letizia, casada con un Wyse, madre de esta, no deja descansar á los tribunales británicos con sus pleitos, ni á los ministros franceses con sus exigencias, hasta que Napoleón se ve obligado á arrojarla por medio de sus más ínfimos esbirros del suelo de Francia. El cardenal Bonaparte, que parece un penitente de Rivera es un ambicioso de alta estofa, con pretensiones á heredar la tiara de Pio IX. La correspondencia de Carlos Bonaparte, caída en manos profanas, le cuesta dinero

al Emperador que la recoje para quemarla y ahogar tantos escándalos. Pedro Bonaparte es perseguido en Corfú, condenado en Roma, encarcelado en los Estados-Unidos, porque anda á la continua de aventuras militares y amorosas, siempre entre calaveras perdidos y calaveradas miserables, hasta que perpetra aquel último crimen, aquella última infamia, en su retiro de Anteuil, tan funesta á la agonia del Imperio. La princesa Carlota Bonaparte, no dejaba respirar á su primo, pidiéndole siempre, ya con grandes instancias, ya con rencorosas amenazas, oro y más oro. Solamente en el año 1868 habia tenido que repartir entre aquella viciosa familia cerca de cinco millones de reales en dádivas extraordinarias sobre las gruesas pensiones corrientes con que la alimentaba y sostenia.

Entre todos ellos se distingue por su talento y por sus faltas el orador de la alta Cámara. El príncipe Napoleón es un tipo original; tiene de su tío el gran Emperador, la fisonomía y la cabeza; pero ¡cosa rara! no la fisonomía y la cabeza verdaderas, la falta de párpados y de cejas, que tanto afeaba al héroe; la rareza de cabellos recogidos y peinados con mucho arte y muchísima pomada; los ojos grises como un lente ahumado; los pómulos abultados; la color enfermiza por la amenaza de la enfermedad vinculada en su familia, por el cancer en el estómago; no esa fisonomía real, sino la fisonomía legendaria, iluminada, apolina, que le dieron David en sus cuadros de ceremonia, de corte, y Cánova en sus bustos y en sus estatuas de apotheosis; fisonomía que, pasando á todos los pintores, y á todas las estampas, ha engañado al mundo, el cual ve y verá siempre el rostro de Napoleón á través de esta mentira artística, primera causa de la falsificación universal.

Es Gerónimo Napoleón verdaderamente Bonaparte, porque su madre, la reina Westphalia, fué una mujer casta, virtuosa, fidelísima á su depravado marido. Y siendo ver-

dadero Bonaparte, reúne al temperamento linfático alemán de su madre, la viveza, la fantasía, el brillo, la elocuencia de un temperamento italiano. En la falta de escrúpulos y en la sobra de rencores, se ve claramente que además de italiano es corso; en la afición á los placeres, que es hijo de su padre Gerónimo, el Vitelio de Westphalia; y en las vocaciones literarias, en el culto á las ciencias, en la amistad con los hombres ilustres, que conserva algo, y aun mucho, de la raza germánica á la cual perteneciera su madre. En política le aquejan varias contradicciones; visto de un lado, aparece como tribuno de la plebe, como apóstol de la revolucion, como propagador de las nuevas ideas, como enemigo incansable de la monarquía, de la iglesia; y visto de otro, como príncipe absoluto, dictatorial, amigo de la soberanía ilimitada, capaz de ejercer la autoridad con todas sus fuerzas, y de practicar el cesarismo en toda su deformada desnudez. El secreto de su política estaba en sostener la autoridad despótica arriba, el sufragio universal abajo, para oprimir entre estas dos grandes moles á los representantes de la antigua monarquía, la aristocracia y el clero, como tambien á los representantes de la moderna monarquía, las clases medias, preparando una democracia, que educada así, bajo esa dictadura en tan tristes condiciones, debia ser como la democracia del Imperio romano, depravada y servil, propia levadura de las irremediables decadencias. El príncipe no podia acreditar sus teorías con el crédito de su persona, porque le faltaba la primera de las cualidades morales, porque le faltaba el valor, pues de haberlo tenido, acaso fundara en este tiempo de movedizos gobiernos, sobre las ruinas del Imperio autoritario, el frágil, pero vistoso monumento del Imperio democrático.

En la Asamblea de 1848 perteneció á la izquierda. En la crisis del Dos de Diciembre estuvo con los vencidos, y despues de la victoria con el vencedor. Protestó ardientemente

B.

contra el golpe de Estado, y cosechó del golpe de Estado diez millones de reales al año para manutención, y para alojamiento el espléndido Palacio Real. En los Consejos del Imperio fué siempre demócrata, en las discusiones del Senado siempre revolucionario. Casado con una princesa italiana, con una hija de Víctor Manuel, defendió en todas ocasiones la unidad de la península y atacó la protección dispensada al poder temporal de los Papas. Como se inaugurara en Córcega una estatua del fundador de su dinastía, fué á la inauguración y pronunció un discurso tan revolucionario en Ajaccio, que el Emperador lo condenó, y lo desautorizó públicamente. El discurso que con motivo de las reformas parlamentarias pronunció en el Senado, no le iba en zaga, por lo atrevido, al discurso de Ajaccio. Todo él se encaminaba á demostrar que los Bonapartes podian acomodarse á las exigencias del régimen constitucional, y echar las bases de una verdadera democracia. Así recordó que el Imperio habia sido una dictadura gigantesca puesta al servicio de una constitución republicana. Así analizó la responsabilidad ficticia del Emperador, soberbia cosa, pero etérea, impalpable, perdida en vaguedades funestas á la claridad que exige y que necesita toda verdadera política. Así llamó al Senado mismo, que le escuchaba, hijo del favor imperial, y no de la opinión pública. Los gobernantes de Bonaparte parecíanle poco inspirados en las verdaderas doctrinas bonapartistas; y su silencio sobre los resultados de la guerra de Italia, sobre la libertad del comercio, sobre las amnistías á los republicanos, sobre todo cuanto de progresivo hiciera el Imperio, dábale gravísima inquietud. Para aliar la teoría bonapartista del gobierno provisional con la teoría parlamentaria de la responsabilidad de los ministros, habia encontrado un medio ingeniosísimo; hacer al Emperador responsable ante el plebiscito y responsables á los ministros ante las Cámaras. Quiso que la

34

alta, el Senado, renunciara á su ilusorio poder constituyente á cambio de un verdadero poder legislativo, compartiéndolo con el Emperador y el Congreso; y para coronar el edificio imperial propuso que la prensa y la tribuna fueran todavía más libres; que se destruyeran los distritos y se fundaran las circunscripciones, dando garantías al sufragio universal; que se dejase á los ayuntamientos la facultad de elegir los alcaldes; que se aumentaran las prerogativas de los consejos generales y se diera publicidad á sus debates; que se abandonara ya ese terror al inofensivo espectro rojo, terror nacido del hábito de andar entre tinieblas, y explotado para tener en servidumbre, y bajo tutela á los infelices pueblos.

El discurso produjo una mezcla de extrañeza y horror como si la revolución estuviera llamando á la puerta de aquel panteón de momias reaccionarias. Por muy mala idea que tuvieran los senadores del primo hermano de su augusto amo, apenas daban crédito á sus propios oídos, apenas podían comprender tanta audacia. Los ministros se agrupaban en su banco cual un ganado sorprendido por la tempestad. El Emperador recibía á cada cuarto de hora notas taquigráficas por el telégrafo y deploraba tal extravío de uno de los suyos. «Jamás, dijo indignado el ministro de la Gobernación, jamás asociaré mi nombre á tal política,» y los senadores aplaudían como si de encima se les hubiera quitado un gran peso dándoles en cambio una gran esperanza. El senador. Según llamó al discurso en plena Cámara escandaloso y aflitivo,

Mr. Devienne le arrojó un dardo verdaderamente parlamentario, le denominó programa de la rama segunda, con lo cual recordó el proceder de los Orleans con los Borbones, y atrajo las sospechas del César para quien todos hablaban, hacía aquel su peligroso pariente.

Pero el golpe estaba dado, la evolución hecha, transformadas las instituciones imperiales, abierto un nuevo horizonte al Imperio, horizonte parecido al cielo de esas noches de verano en que no hay una sola nube y en que centellean por todas partes, en todas direcciones, los mudos relampagueos de la tempestad. El organismo imperial había perdido su sustancia propia, sus propias formas; había dejado de ser lo que antes era, y su transformación no se verificaba sino á costa de la ruina y de la muerte. El Imperio había venido, según sus doctores, á destruir el Parlamento, los debates interminables, las fracciones batalladoras, los discursos de aparato, las guerras por el poder, todos los vicios del doctrinarismo. Y luego resultaba que el Imperio en sus postrimerías, como el viejo sicambro, adoraba todo lo que había quemado. Mas el fiero sicambro adoraba realmente una idea progresiva, una idea humanitaria, una idea, por la cual sentían ardiente fé las generaciones de su tiempo, el Cristianismo, en tanto que Napoleón restauraba algo que estaba muerto en la conciencia de su tiempo, la monarquía constitucional, abandonada de nuestra generación, ardiente amiga y devota de otro ideal, de la República.

CAPITULO VIII.

EL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO ENFRENTADO DE LAS EVOLUCIONES IMPERIALES.

¿Habeis visto una comedia de magia? En ella, por regla general, suelen los personajes rejuvenecerse, ora vendiendo su alma al diablo, ora tomando misterioso amuleto que les procura pródiga maga. El rejuvenecimiento se verifica súbitamente y como por milagro. Las largas blancas barbas se caen; las manos trémulas se fortalecen; las espaldas encorvadas se enderezan; las arrugas se tornan lustrosa piel; y relumbrante mirada, y sonrosadas mejillas, y gritos de entusiasmo suceden al temblar, al cojear, al continuo balbuceo, á la verde palidez de la ancianidad, oscuro albor, si es permitido hablar así, oscuro albor de la muerte. El inocente niño, extático ante aquel cambio, cree que el viejo se ha vuelto joven y que hay allí arte diabólica ó intervención divina. Pero el público experimentado sabe que el personaje es el mismo, con la misma edad, y que se le han caído las barbas postizas, y los hábitos de estameña, el cayado y la calva, pero ha quedado íntegra é idéntica siempre á sí misma su sustancia.

Pues algo análogo sucedía en estos momen-

tos supremos con el Imperio. Había perdido los accesorios de su organización, y había conservado su carácter fundamental, su personalidad y su alma. En sus transformaciones se proponía, por caminos nuevos, lo que el actor se propone en la comedia de magia; engañar completamente al público. Los inexpertos podían á la verdad darse por engañados, pero el público en general veía que no estaban, no, cambiados en él ni idea, ni carácter, ni edad, ni alma. Por más disfraces que tomara, por más rejuvenecimiento que supusiera, á pesar de los cosméticos proporcionados por la sofistería doctrinaria, quedaba en su decadencia mortal, en su decrepitud vecina de la muerte.

Así, á medida que se redoblaban las concesiones del Imperio, se redoblaba también la oposición de la democracia, que por todo podía pasar, menos por deber sus derechos al infame verdugo del derecho. La agitación creció por el otoño de 1869 con motivo de las elecciones complementarias para el Cuerpo Legislativo, de las cuales debían celebrarse